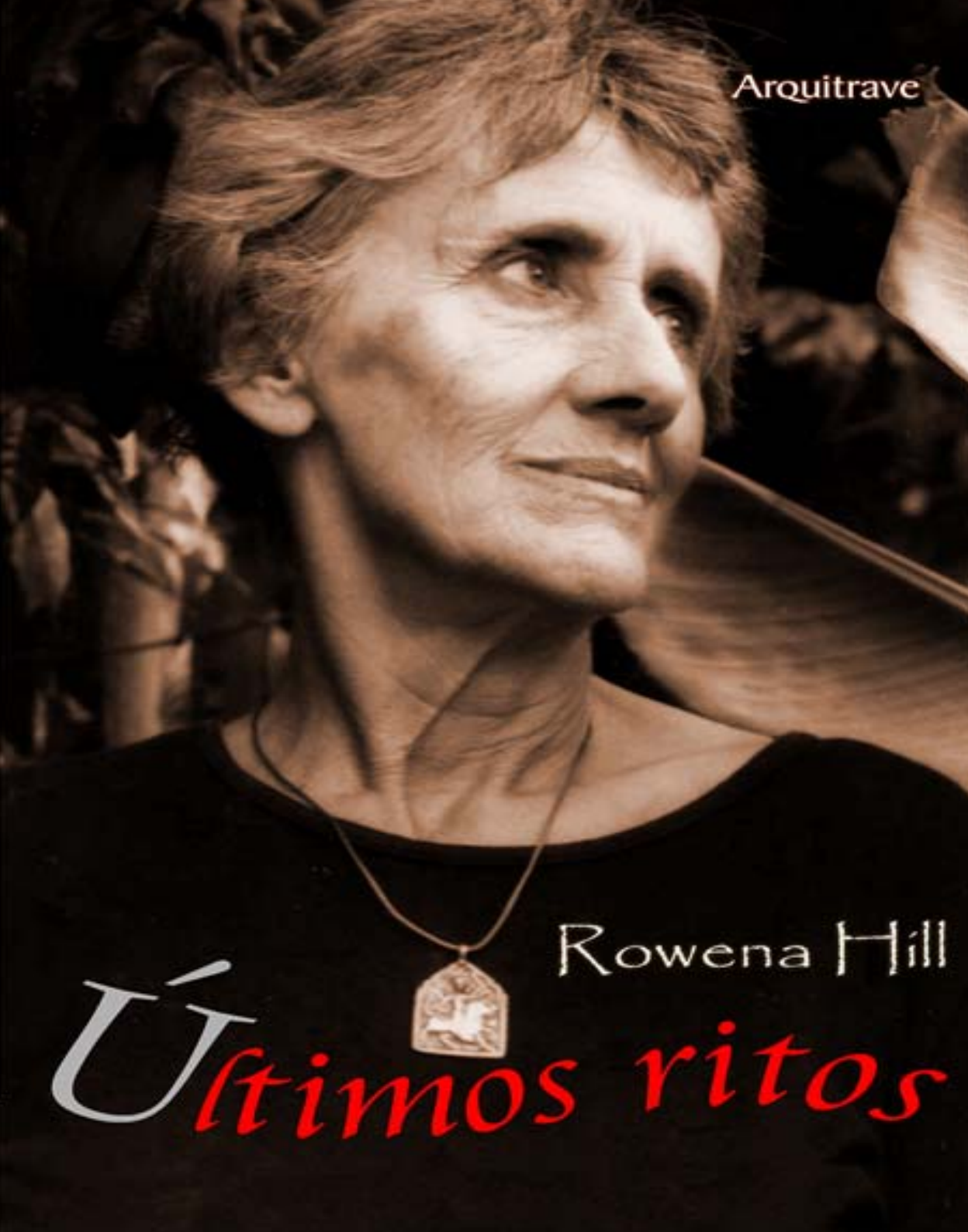
Arquitrave
Rowena Hill
Últimos ritos

Rowena Hill

Últimos ritos

Rowena Hill

Últimos ritos

Arquitrave

Últimos Ritos
© Rowena Hill
© Arquitrave Editores
www.arquitrave.com
Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Gómez Guerrero
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Desmembramiento

I

Privilegio de la felicidad

el cuerpo entero

simétrico como una estrella
intacto como un huevo

expuesto como una flor.

II

Si no me amas

ninguna geometría
da cuenta de mis distorsiones

hasta en la decimotercera dimensión
me agrieto y arrugo

las leyes del caos se agotan
en los infinitos tajos de mis orillas

III

Mis extremidades
trozos de mis órganos

cuelgan de las paredes
ruedan por el piso

al compás de una carcajada

IV

Se me caen las hojas
los dientes
las uñas
las escamas de mi piel
vueltas cenizas.

V

Hoy amanecí
con la cabeza sembrada de lombrices

traté de rasurarlas
pero en segundos
volvieron a asomar sus cabecillas

salgo a la calle
con mi pelo de peluca

VI

Tengo horror de los espejos

la cara que veo
es una copia burda

mientras volteo
con el rabo del ojo capto
su derrumbamiento

entre las imágenes que se reflejan
hasta el infinito en los trípticos
sé que alguna de la serie
gruñe como un lobo

VII

Me convierto en larva

mi dermis se endurece
como para resistir mil años
de desierto

mis ojos se sellan
los globos enloquecen
latiendo bajo la piel lisa

no aceptan su destino

VIII

La espada de samurai
desamor

me abrió desde la coronilla

en la oquedad no consigo alma

sólo espacio

espacio

IX

Llueve dentro de mí
y el sol me traspasa

sus dedos son más sólidos
que mi caparazón

ya seré como hoja de maíz seca
cascabel del viento

Dédalo

I

Hijo
amado
con estas alas te atavío

compuertas del cielo

Las fibras de tus hombros
tu hermoso costado

sean aliados de cera y plumas
la armadura mi ingenio

libérate de toda tiranía

goza el albor de tu ascenso

II

Ceguera

grité y él no oyó
por los raudales de la luz

gocé un instante su resplandor
estirado contra el firmamento
soberbio ángel
águila en llamas

de repente se fue
meteorito en picada

yo casi no vi
el sol me había cegado

hasta que muy abajo
flecha ardiente
se extinguió en el mar

III

Aterrizaré en un campo verde
montón de plumas lacias
vida sobrante
alma calcinada

Huesos del paraíso

Puntos negros en el horizonte
rompen la infinitud de agua densa verde inquieta

el chillido de las gaviotas
¿dice que existe una orilla?

¿cómo sé que esas manchas crecientes
no fueron grabadas en mis ojos
por los soles de la espera alucinada
ya sin fe?

Hay perfiles altos tajados
promontorios oscuros
arena y polvo
polvo en el aire en la espuma
sol y viento cruzados
en las estrías de los cerros
piedras erizadas
latidos abismales

Desgastado triunfo

se hunden mis ojos
bajo el umbral del asombro

soy nadie
esta tierra es de nadie
esqueleto de un paraíso

generaciones se agotarán
en el esfuerzo por revestirlo

Cubagua

Las piedras apiladas han olvidado
su sentido

Miles de pelícanos se zambullen
arrebatándose las vísceras
que tiran los pescadores

Santa Bárbara
roja como la vulva de las conchas
mira fijo el mar de joyas derretidas

esmeralda turquesa jade

el viento licúa las palabras
y el sol abrasa

Buenos Aires

Le da la espalda al río,
su nodriza indígena.

Los edificios son distinguidos,
espaciosos y bien proporcionados
con orificios aireados

pero no tienen raíces.
Pesan sobre la tierra
igual que una avalancha de piedras
al azar.

Su conversación luce elegante
pero el trasfondo es un discurso
que reverbera a través de los siglos
de poder bruto.

Diario de viaje

San Juan de los Reyes, Toledo

Algo está pasando aquí,
se incorpora un misterio
en yeso y piedra,
pero no tenemos la clave.

Los nudos en el artesonado
encierran pedazos de verdad mágica,
y no sabemos la contraseña
para entrar en las fauces heráldicas

o cómo conversar con las gárgolas
de ancas humanoides.
Las máscaras en la escalera
se burlan de nosotros.

Caminos en cruz dividen
en cuartos iguales
el jardín de plantas perennes;
brilla glauco y plateado.

Catedral de Toledo

Las mujeres sensuales
- sirenas, taberneras –
en la reja que cierra el *sanctum*
advierten contra la blasfemia.
La blasfemia está dentro.

San Esteban, Salamanca

Las gárgolas empinadas entienden
la burla monstruosa:
la vaciedad y la danza de los átomos.

Los profetas solemnes,
inclinados para abrazar sus papeles,
no ven nada.

La casa de Gaudí

Marchitas y arrugadas,
mis facciones tienen sin embargo
una afinidad natural con este espejo;
me coloca en una sala donde estaría sentada
(vestida en un *negligé* de mi madre)
esperando un futuro diferente.

La Pedrera hacia Sagrada Familia

Seres de la esfera anterior a los nombres
se yerguen relumbrantes en el techo
y se esfuerzan por ver con ojos aún no nacidos.

Más allá de un arco de extremidades virtuales
dos agujas lúcidamente ornamentadas
buscan un cielo más tardío.

Santa María del Mar

Entras desde la calle abarrotada
(piedras sometidas, encajadas)
y de repente el espacio se hincha,
oquedad dentro el cráneo
o cañón submarino entre arrecifes.

El olor a sal ronda los ídolos
tan atenuados como algas.

Birmania

Los monjes son elegantes,
las cabezas rapadas, los rostros
variaciones sobre un tema antiguo.
Caminan delgados y erectos dentro de los pliegues
de sus túnicas, que abarcan
los matices del naranja al vino tinto
(las monjas son rosadas).

Estoy observando uno
demasiado hermoso,
viste túnica rojo vivo
y sandalias de terciopelo escarlata.
De repente escupe
un chorro de bétel color sangre.

El Shwedagon

Caminan
hombres, mujeres, niños inquietos,
viejos ensimismados,
monjes y monjas, algún turista,
fluir incesante sobre el piso de mármol
entre la mole dorada y los pórticos.

El aire mismo gira cargado
de cantos y campanas,
de reflejos y sombras,
y de repente todo corre más rápido, los pies
de la multitud ya no tocan el piso,
las figuras vienen flotando
en una corriente de devoción.

A veces él es una huella
llena de agua
donde se mecen las nubes
y las flores de la ofrenda.

Las paredes, el piso,
las altas columnas de teca
respiran paz.
Se entra en ella como en un elemento nuevo,
un agua sutil
o un gas precioso
que riega el corazón
y deja al salir una añoranza incurable.

La brisa seca en mi cara
el sudor del día.

Mis pasos en la tierra
son los de cualquier peregrino
ignorante o sabio
que vuelve a tomar su camino.

Hace veinticinco siglos
que estas palabras penetran
las noches terrenales
y del espíritu.

La gran culebra del río
une y divide el paisaje.
Sus afluentes paren ciudades.

Esta forma
ocupa el espacio
con el mismo derecho incontestable
como un árbol de teca
o un acantilado.
Desde siempre el azul del cielo
reconoce la afilada torre dorada o blanca
con las campanitas que juegan
en la punta.

Nitidez absoluta:
los troncos pilotes del largo puente,
las figuras gráciles que lo transitan
en las dos direcciones,
alguna en bicicleta,
la bandada de patos en un islote,
todos grabados en el biombo
de la realidad;
y la mente ya sobrecargada
oscilante en el calor
es incapaz de creer.

A Bagaya
la sala posterior del monasterio
es una selva donde los troncos
altísimos de teca se pierden
en la bóveda borrosa
de polvo y murciélagos.

Las garras del halcón de fuego
hieren la espalda,
pinchan las semillas
y las mentes ovilladas.

Bagan

Todos los planetas
y todas las bestias sagradas
se reúnen en esta constelación
de infinitas dimensiones.
Sombra densa del cedro
piedra soleada de los escalones
arco que invita a la presencia

y de repente las libélulas.

Yo demasiado sólida
inmersa en el fuego
no me enciendo.
Ese rugido resuena en mis grietas
y no me revienta;
sin embargo sé
que me habita.

De aquí no me voy entera.
Podré parecerle a la gente
igual o sólo más vieja
pero no verán que falta un pedazo,
un fragmento convertido en réplica
que anda por siempre vagando
entre estas ruinas y esplendores
y duerme en una uña
del pie de Buda.

El templo en la represa de Krishnarajasagar

El cielo inmenso azul quemado
con una franja de nubes color polvo
se refleja en el agua inmóvil.

Un gavilán ve el montón de piedras negras
en el borde de la represa
y los seres que pululan alrededor;
se abalanza, son mujeres que vadean
hacia las ruinas; niños de dientes blancos
y rostro oscuro chapucean
en el agua turbia.

El gavilán vuela por la orilla,
la espuma que dejan las lavanderas,
las heces que hieden en la playa
no le dicen nada.

Una rana se esconde bajo una piedra
con las figuras esculpidas y borrosas
de dios y su consorte.

Badami

En el comienzo estaba la piedra
y la piedra erguida concibió
muslos y frentes y lóbulos de orejas
y los globos de ojos que se henchían
bajo un cielo radiante.

Los dioses cayeron a tierra como frutos maduros,
reventaron sus larvas como insectos alados.

Creciendo en su semejanza,
los hombres medían las piedras,
les daban forma hermosa y las apilaban
para que los dioses tuvieran casa.

Resplandor

La vista saca pieles
de la superficie de la tierra,
las enrolla, coagula, funde
para hacer cuerpos.

El suelo desnudo se yergue
con miembros flacos, leonados,
el viento los hace bailar,
sus ojos se forjan en el sol.

Mientras el no ve

Los jugadores se destacan muy blancos
sobre el campo verde
como garzas en un arrozal.
El se precipita por la pista,
su brazo oscuro lanza la pelota
hacia el lugar del juicio.

Espalda erguida como zanca de potro,
huesos aleados con acero
y ojo de piedra oscura encendido,
él es la voluntad de la caballería.
¿Cómo puede estar siempre tan templado?
¿No podría plegarse un poco y sentarse en la grama
como un viejo bailarín, un dios viejo,
para no quebrarse?

El joven sacerdote goza del paseo.
Sentado a los pies de la estatua
plateada y hierática del dios,
rodeado de flores, se bambolea
con los tumbos del carro.

Mirando atrás desde las cuerdas tensas
a la sombra de las cortinas
resplandece un hombro azul desnudo,
la mano ejecuta un arabesco,
el fino ojo brilla como un pez.

Las palabras de Mira y el sarangi
- anhelo de seda cruda –
trazan el perfil de su ausencia.

Tiene doce años. Sentado,
el hermoso rostro escondido
bajo el turbante con los colores del arco iris,
los ojos luminosos,
canta para sí mismo.

Desencuentro

Entre nosotros el tiempo camina
descalzo por una cresta filosa;
en cualquier momento brota sangre,
cada paso luciente es una vida.

Cuerpos de agua

Gota taza u océano
arrozal pozo laguna
cuerpos de agua
ojos que no ven
mirada de la superficie terrestre
que se refleja a sí misma

Esta vasija llena
tenla derecha
- derramar una gota traería vergüenza –
sin quererla ofrecer
pero bajo la mirada del otro
condensándote en raro licor
que brota desde dentro
y tiembla en el borde

Al agua de la gracia
le hieren el abandono
y las depredaciones
- el tiempo nunca es inocente -
Se vuelve sal y duele
se vuelve niebla y se disipa
se vuelve fuego y quema
la misma vasija,
puede convertirse en veneno
y maldecir donde toque.

Dos se hacen añicos
chocando bajo el empuje
de la contención
y se funden al fin
éxtasis vuelto torbellino doble
en un cañón turbulento.

Rezando para que llueva

I

Se desnuda,
camina tropezando detrás del arado,
invocando lluvia para la tierra sedienta.

(Una vez, el hombre
la habría arado en la huerta
y las dos brotarían.)

II

Un hombre muere y su mujer
es atada a la hoguera,
sacrificio al cielo despiadado.

Bendita es la mujer,
le toca el destino más catastrófico;
su terror tiene ritmos,
pulsos que los tambores no tocan
en un día común
bajo pena de destrozo.

Esa gracia es demasiado oscura.

El olor de carne quemada
no ha conmovido al dios de la lluvia.

Últimos ritos

para Rustom Bharucha

La viuda

Esta noche no debe acabar.
Al amanecer volarán palabras
en todas las direcciones, proclamando
su muerte y mi desgracia.
Ahora el tiempo se detiene,
las paredes de la casa
y los árboles detrás del patio
encierran espacio.

Los parientes políticos

Amarga era la malicia de ellos,
amargo es el gasto.
¡Que nadie desprecie la comida!

Los perros

Llega el cuerpo los pies hacia adelante
oliendo a aceite y descomposición,
se paran para voltearlo
y es nuestra señal.
Los dulces que nos tiran
saben a otra cosa.

El hijo

Quiero pensar en la solemnidad
de la muerte y los ritos que ensartan las generaciones
en un hilo irrompible
pero sé que todos esperan
que yo cometa un error.
Me tiemblan las manos.
El fuego agarra y ruge,
el cuerpo se estremece
como si aun estuviera con vida,
pero el fuego ha entrado en mi cabeza
y consume el miedo.
Las flores de ceniza se abren
en mi corazón depurado.

El muerto

Les observé mientras fueron a la estación de trenes
y compraron mi boleto.
Creía que el viaje me iba a alegrar
pero lo único que siento, mirando
el paisaje, es una gran sed.
Me compran una taza de te
pero mis restos desecados
no lo pueden beber.

Los dioses de las orillas

para Chinnaswamy

Madres y guerreros,
de barro, bronce o piedra,
manchados de rojo, engalanados,
contemplaban el mar desde sus pedestales,
en guardia contra miedos ancestrales.

Nadie creía que iba a suceder.
La ola se empinó desde el abismo,
corrió hinchándose hacia la orilla
y se soltó desbocada tierra adentro
aplastando cuerpos y casas.

La sal quemó sus ojos de botón,
las cuencas fútilmente desafiando;
se desmoronaron o perdieron extremidades,
se ahogaron con sus devotos
y los escombros los cubrieron.

No es tarde para alabar

Un velo rosado remoto
baja por la pared áspera de la montaña
hasta las fundaciones
único color en el mundo

En el pelo de las bestias
dibujos de los inviernos

su aliento es tibio
sus patas son columnas perfectas

El sol gana la lucha
contra las nubes que treparon rodeándolo
detrás del filo

enciende el cielo

seca las briznas de hierba
se trasluce en los pétalos rojos de los matrimonios

Los cascos se hunden en la corriente
salpican las orillas

el agua sigue tejiendo redes fugaces
peina las franjas de raicillas rojas
sacude el palo atrapado entre piedras

El viento mece los rayos del sol
el sol quema los mecates del viento
sopla fulgor hasta en el zenit

Paso de la mula

un pájaro levanta vuelo asustado

torbellino de paja
sobre la era

Convergen los caminos parados
la travesía de la loma

huellas alegres en el polvo
hacia los corredores empedrados
hacia el portal

Voces agudas de hombres
se cantan el secreto
reverberan desde las entrañas de los cerros
fluyen con la savia de las cosechas
quiebran en el silencio de las noches
desafían el olvido

La sombra desborda los pliegues del valle
alcanza la trocha

en lo alto el día
lentamente se destiñe

Estrella de la mañana
vela por esta tierra
por todos sus fines
y sus comienzos

Toro ajeno

Toro ajeno,
pasó la cerca.

Por una huella en el barro
adivino el lomo ancho
los ijares de guerrero
los cachos lunares.

No lo encuentro,
subió por el zanjón al escondite
de los patos salvajes.

El jardín de Elodia

Hileras de pensamientos
miran todas en la misma dirección,
hacia el patio vacío,

fantasmas de niños de otro tiempo:
el finado abuelo Luís color púrpura,
el tío pardo como las tapias

y otros cuyas almas se quedaron
cuando bajaron a la ciudad,
o que nacieron y murieron en un murmullo

y un velorio de angelito.
Algunos fueron sólo sugerencias,
semen no deseado

o sueños para un futuro perdido
porque a una comunidad
se le agotó la gracia.

Inspiración

El poema no quiere ser atrapado,
se desliza como una rana
dentro de un pozo de vagos deseos
o la mente simiesca lo agarra
y lo carga por lo alto de una cerca.
Pero tampoco se aleja;
se menea como un virus
entre las columnas de un programa de contabilidad.

Michel

para Nancy Ocanto

Bajó a la calle
con la cara de refugiado,
con la flor secreta, la colostomía
bajo la ropa que colgaba
del armazón de los huesos.

Rosas rojas quería
por el cumpleaños de la amada;
se las vendieron pasitas,
con pétalos carcomidos,
y corazones vueltos un moretón.

Extremofilos

¿Han estado allí desde siempre,
esos nudos de células vivas que comen roca
o veneno, dentro el hielo y el agua hirviente,
esos cangrejos espectrales en las fumarolas tóxicas?

¿Nos enseñan cómo nació la vida
en el planeta todavía en ebullición
y sus posibles formas en los desiertos
helados del espacio?

¿o surgieron ahora mismo
para satisfacer nuestra necesidad de metáforas
de improbable supervivencia?

Derrumbes y otros desastres

Envejecer es una serie de temblores
leves, superficies que se hunden,
terreno que parecía sólido descubriendo
las oquedades abajo.

Convicciones que guiaban nuestras vidas,
patrones que nos contenían,
configuraciones proyectadas en un futuro
que ahora tiene límites,
se separan y nos abandonan.

Algunos se mudan fácilmente,
otros duelen como dientes flojos contra la lengua;
el sueño del amor es un diente
grande como un árbol
cuando se arranca de raíz.

A veces perdemos la paciencia
y tratamos de destacar un borde de piel rota
o una costra, antes que esté seca,
con la ilusión del éxito todavía cruda,
y sangramos.

Pero usualmente sucede sólo,
el tejido que amarra la estructura
de una vida – las ganas de explorar el mundo,
quizás, o el orgullo de la casta –
se afloja y la razón se despedaza.
Proyectos menores - un idioma que se iba a aprender -
quedan como ruinas inacabadas.

Los solsticios entonces pierden sus valores
o los intercambian – preferimos la oscuridad,
deseamos que lleguen los eclipses

y comenzamos a encontrar nuestra respuesta
al enigma de lo que hay más allá de la gramática,
más allá de los nombres:

remolino de miasma gris
o nirvana como champán, las burbujas
universos posibles.

Rezando a Shiva

Arrástranos dentro de la turbulencia,
destroza nuestros corazones rectos y aburridos
en las hélices afilados
de tus muslos danzantes
y tus greñas.

Surca y arrasa los bulevares,
siembra ranchos entre los escombros
alumbrados por íconos eléctricos –
asesinos, estrellas caídas obesas,
tus agentes.

Cuerpos acuchillados y cancerosos,
apareados al azar,
atados a bombas, te ofrecen
su dolor y odio, su brillo
de *glamour*.

Te conozco y sigo adentrándome
en el remolino de las tinieblas.
No me quites todo, déjame
la luz azul de mis ojos
para buscarte.

Lo oscuridad se llena de destellos,
el sudor que gotea desde la torre empinada
de tu rostro y tus hombros
en lo alto, es luminiscencia,
es semilla.

Hazlo palabra y tendremos que oírla.

Que el caos recoja sus desechos,
se ponga al rojo vivo y haga brotar
nuevas posibilidades feraces,
nuevas lenguas.

Una vieja está llena de veneno

Una vieja está llena de veneno,
sus palabras se multiplican como células malignas,
bolitas de estricnina,
gotas de ácido prúsico;
dice mucho más, y peor, de lo que quiere
y los demás se horrorizan.
Desean que enmudezca o muera.

Se ahoga en sus propios jugos –
en la superficie apestan
en sus oquedades
y dentro de ella sube la marea
lamiendo como agua sucia
en un pozo rajado,
entumeciendo sus órganos.

Su memoria es un estofado podrido
donde flotan fragmentos de vivencias,
insultos y traiciones y desencantos
anegando estampas más felices,
y pedazos de otros cuerpos,
quizás penes flojos o hediondos.
Ansía una carne más dulce.

En el espejo ve la que otros ven,
respetable, lastimosa quizás,
no más protagonista seguro
con todas esas arrugas, pliegues
surcos donde se emborrona la pintura de labios.
Venenosa es mejor que patética, piensa
de repente y sabe que todo es error.

Seres anfibios dorados
suben flotando desde sus profundidades negras
buscando el cielo a través de sus ojos.
Camina con ellos debajo de árboles
y por calles pululando de misterio
y una lluvia de luz pesada
sujeta al tiempo en sus linderos.

Ensalmo

Señora leona
que modulas la luna,
hazme redonda,
plasma mi piel:

dentro del aro perfecto
articula los huesos,
los blandos senderos rojos
y los pálidos nervios.

En las juntas
y en los cruces
siembra bulbos
vegetales.

Cuando menguan mis fuerzas
minadas desde dentro,
despojadas
por el llanto ajeno

ellos aguantarán la presión,
encogiéndose en torno a un grano
de maná que convierte
el dolor en visión,

en crecimiento,
en flores compasivas
y victoriosas,
estrellas en mi cielo interior.

Señora leona,
que en secreto alumbras al sol,
haz de mí
tu chamán.

Nota biográfica

Rowena Hill (Cardiff, 1938). Poeta, articulista, traductora y estudiosa de culturas orientales. Fue profesora de Literatura Inglesa en la Universidad de Los Andes de Venezuela y sigue colaborando con el Centro de Estudios de África y Asia de la misma universidad. Nacida en Gales, ha vivido en varios países del mundo y visitado muchos más; encuentra que los viajes enseñan a leer el mundo físico como el lenguaje de las posibilidades de la vida humana dentro de la creación que las rige. Ha publicado los poemarios *Celebraciones* (ULA, 1981) *Ida y Vuelta* (ULA, 1987) y *Legado de Sombras* (Monte Ávila, 1997). En 2000 colaboró con el artista Adrián Pujol en un libro de grabados y poemas titulado *Desmembramiento* (Caracas, Taller TAGA y Adrián Pujol).

Entre las muchas traducciones que ha hecho, destacan las de poesía metafísica india en lengua kannada, publicadas en la antología *Nombres de lo Innombrable* (Monte Ávila, 1991), y las del poeta contemporáneo de los marginados de la misma región de la India, Mudnakudu Chinnaswamy. También ha hecho traducciones al inglés de escritores venezolanos para el nuevo website www.laletra.info.

Rowena Hill vive entre la Isla de Margarita y los Andes de Venezuela, intentando aprovechar el reservorio de imágenes e intuiciones latentes al cual abre el acceso la vejez.

Las celebraciones de Rowena Hill

La poesía, como casi todos los productos de la era de las multinacionales, parece hoy producida en serie… Una lamentable edad media de cartón vive hoy la poesía. Otro tanto puede decirse de sus fabricantes y sus consumidores.

La última generación de poetas en norte y sur América es una sociedad limitada para gozar de las prebendas que este raro producto puede deparar. Y Nueva York es el centro de sus operaciones, sus debates, sus comidas anuales y sus cócteles publicitarios.

No obstante, como se sabe, el poema es consustancial al hombre, no necesariamente al válido, ni al sacerdote, ni al burócrata, ni al mendigo del poder. Por ello los verdaderos poetas vuelven a producirse en soledad, casi en silencio. Uno de esos ejemplos patéticos es el volumen **Celebraciones** de Rowena Hill, publicado en un pueblecillo de los Andes venezolanos.

Rowena Hill, inglesa de origen, vive y escribe en Mérida, después de haber abandonado no sólo su país, sino su lengua, y prácticamente haber olvidado las tradiciones de nuestro tiempo para regresar, o intentar, mejor, una nueva comunicación, creando un lenguaje, con el paisaje que la adoptó.

Hace algunos años conocí a la señora Hill en su pequeña casa del Valle en Mérida. Sería el medio día cuando llegamos y tuvimos que buscarla cerca del río donde estaba paseando con sus perros y uno de sus caballos. Descalza, con los pies todavía húmedos a causa de sus travesuras con los animales en el agua, lo primero que nos comentó fue su estado de felicidad que vivía al estar en comunicación con la naturaleza, con el lenguaje total del cosmos. Ella era así un elemento más del mundo natural y no «el hombre» o «la mujer». Sus hijos comparten también esa vida. Son parte del universo más que del mundo social.

Llegada la edad de la madurez, después de haber viajado por diversos continentes y escrito algunos ensayos eruditos sobre poetas anglosajones, especialmente Keats, la señora Hill, a medida que se descubría como un elemento de las aguas, el fuego, el aire y la tierra, fue escribiendo estos poemas cuyos ciclos están regidos por dos fases lunares: creciente y menguante, y que como el astro que refleja luz, están escritos en estrofas (mejor sería decir *stanzas*) donde los objetos agregados al mundo aparecen y se disuelven en el texto.

Yo encuentro en estos textos mágicos de la señora Hill muchas de las calidades que han desaparecido en la poesía de hoy. La señora Hill nos permite saber cómo el poema, la lírica, no ha muerto. Y su generoso oficio, lejano del poder, aislado de las multinacionales de la poesía, nos concilia de nuevo con este oficio milenario que ha estado siempre en las manos de los desheredados, de quienes han vivido exilios, duros exilios ante el lenguaje corriente de sus tiempos; herejes cuya hoguera siempre ha sido una música que toca al desterrado de sí mismo, buscándose en las palabras para no perecer en la vigilia.

Estos poemas de la señora Hill no son de fácil lectura. Una primera mirada los hacer ver - dependiendo del ojo que los mira - aparentes. Una más memoriosa delectación nos depara jugosas frutas, viajes, tejidos, espejos, memorias de una vida entregada al equilibrio de las formas, a la búsqueda de un lugar de reunión con los seres que la han vivido. Rowena Hill celebra aquí las ascuas de una viva llama, su paso por el mundo.

Harold Alvarado Tenorio, *Vanguardia Dominical*,
Bucaramanga, Octubre 4 1981

Celebraciones de Rowena Hill

La materia huidiza que compone este libro se sistematiza en tres secuencias fundamentales: identificación con la naturaleza, visión introspectiva, presencia de la soledad y muerte, y retorno dialéctico a la naturaleza. En su primera parte responde a una suerte de exaltación amorosa a lo elemental y cósmico - y sin tocar la oscuridad - eleva loas exultantes al sol engendrador o busca la invulnerabilidad infinita de la piedra, en franco desafío a lo temporal, perecedero. Esa tendencia manifiesta a trasladar el amor a la naturaleza emparenta su poesía con la de Emily Dickinson, en la cual el objeto poético se desvanece y deviene en atmósfera sugerente. En *Celebraciones* la visión panteísta emana como respuesta escéptica frente al hombre. Luego la luz se trastoca en sombra, la vida en muerte, transmutaciones corroboradas por *la diosa de focas y luciérnagas, la sibila negra* o *la guardiana oculta*, en sus disfraces luctuosos. Poesía compleja y contradictoria en sus significaciones: la claridad, como pudiera presumirse, no es vida plana, sino hundimiento y noche. Y si hay posibilidad de resurrección es a través de la identificación con lo inmutable y eterno, que la naturaleza propicia como presencia tornadiza. Lo vedado en la poesía de Rowena Hill es su capacidad de entrega; su proposición se acrecienta y fundamenta en el rechazo de la soledad. Penelope que busca su origen en las vidas, hilos dislocados en el vacío existencial. Alusiones nostálgicas a vivencias del pasado: símbolos intemporales, reyes desparecidos, coronas resplandecientes, dragones, sueños medievales y tormentos. Rowena Hill explora el paisaje del llano y aprehende en su poesía, rasgos de nocturnidad y transición de lunas que revientan horizontes e iluminan por dentro su vasta soledad.

En otros poemas surgen imágenes alquímicas que expresan el universo como espejo, inversión necesaria para percibir los ruidos del alma o el orden de oníricas geometrías.

No ha habido dificultad para que Rowena Hill - cosechadora de joyas elementales - en un idioma que no es el suyo haya logrado equilibrar la palabra no retórica, con la reflexión profunda. Y en medio de lo incierto, de la soledad cotidiana y opresiva, en los últimos poemas, retorna a la naturaleza donde encuentra su verdad primaria o la iluminación del ser, sin el carácter exultante de la primera parte del libro, solicitando, más bien las fuerzas elementales que le dan la vida trascendente.

Carlos Contramaestre, *El Nacional*, Caracas, 26 Enero 1981

Ida y vuelta de Rowena Hill

Este poemario presenta la línea de un pensamiento escatológico con brevedad y precisión en el estilo. Laura Charco señala [en la carátula]: «Y Rowena, su poesía que busca saber, hubo de enfrentar el dilema: pensar antes de poetizar, o, pensar poetizando.»

Es una poesía intensa y ritual, fecunda y hermética, pero sobre todo es una poesía erótica…. Un erotismo que inquieta y satisface, el cuerpo es la materia a indagar en sus maneras más sutiles, en sus aspectos míticos y ciertos. El cuerpo y sus formas mágico-religiosas destinadas al enigma de un observador pensante, contemplativo, que perdura en el Ser del poema y se recrea en la meditación, manteniendo la esencia como propósito mágico, hermenéutico. Rowena escribe lo que el universo enseña, lo que la conciencia puede apercibir en sí, sólo mediante el poema….

La inmanencia de una revelación se despliega en cada página, así es el carácter de esta obra que el lector atento podrá adoptar y sostener. En *Ida y Vuelta* los poemas fluyen y no se acumulan como resultado de una sensorialidad fácil, muy común esto último en la llamada «nueva poesía femenina». Las páginas transcurren en revelación constante y atraviesan ámbitos peligrosos de la dualidad, sin que el lector sienta desconfianza en lo dicho: «Soy hija del orden antiguo/ que igual dolor y dicha./ Dónde está mi luz?»

La noción del cuerpo se extiende a la naturaleza adquiriendo un importante significado filosófico que se caracteriza en el paisaje; este no es un medio casual y aislado, es la propiedad que se describe.

Para esta autora la muerte es el elemento central de la naturaleza fértil (principio femenino)… La muerte no tiene otra consecuencia final que la vida; en la morada mortal del entorno, todo está sujeto a modificación y transmutación. *Ida y Vuelta* es una excelente muestra

de la poesía cósmica que se realiza en la Mérida de valles y montañas, tan cerca del cielo pero profundamente inserta en la tierra. No es una poesía cósmica indigna que se ocupa de cosas vulgares, pues su forma fundamental es modesta y reservada. Mucho ha sido objeto de burla la poesía cósmica por tomar parte en querellas que no vienen al caso, entrometiéndose en asuntos fuera del alcance del autor. En este caso se trata de textos fuertes e intempestivos que guardan siempre extrañeza, pero en armonía total del lenguaje con los cambios de paisaje, de estaciones.

Sobre esta obra reposa una valiosa y extraña carga mítica. Rowena Hill ha logrado trascender sus experiencias terrenales - muchas veces signadas por la pesadumbre y la oscuridad - y transmutarlas a un cosmos mitológico primordial del génesis humano. El mito del eterno retorno, de lo cíclico, de lo que perece para ser nuevamente, está presente en este poemario: «Seré un hueso pulido/ por el polvo y por el viento/ blanco como la luz.» De esta forma se desarrolla un universo de doble referencialidad que envuelve tanto a la Creación como a la realidad del mundo sensible.

Carlos Danez, *Frontera*, Mérida, 11 Marzo 1990

Del prólogo a *Legado de Sombras*

La operación de sumirse en lo terrenal bajo la advocación a la Diosa Madre para, desde allí, desde «el lodo fétido del fondo», alzar las semillas de luz espiritual, constituye un ritual de muerte y resurrección tan ancestral como ya clásico y mediterráneo. Desde las raíces de su ser galés y, por lo tanto, celta, Rowena funda su existir creando el gran círculo cósmico de lo terreno y lo espacial. Esta actitud poética arranca del yo, del ego, para liberarse del mismo, en una explosión de vivencia realista y transmutadora.

Por lo tanto, estamos ante una genuina expresión, un tanto salvaje, de poesía, entendiendo ésta no sólo como una artesanía del lenguaje y la complacencia confesional tan abundante - el poema del romanticismo y de la modernidad es mucho más egolatría que metáfora - , sino como una manifestación ritual antiquísima de renovación de la vida, consistente en el sacrificio del amante-flor en aras de la doble fecundidad de la Gran Madre Naturaleza: muerte y vida.

Dentro de ese marco a la vez realista y mítico, Rowena Hill bucea en ella misma, asciende, sale a la superficie, inicia la procreación y sacrifica con una nostalgia difusa y constante, acción-guerrera, al joven Eros carnal sometido a los cambios de estación.

.....

En verdad, el sacrificio ritual del hijo amante-flor mueve a Rowena, simultáneamente, a un extraño realismo mítico sexual, orgánico y misterioso como el que expresa el poema titulado 'Toro, luna', y a una exasperación de maternidad telúrica destructiva como en 'La Bestia'. Confiesa: «me dejo llevar / a la confluencia de los contrarios / y encuentro el amor / entre cuchillos y cenizas». Sobre esta naturaleza femenina con algo de bacante y algo de guerrera, persiste ahora,

en lo que llama su decrepitud, la lucidez de si misma en el tránsito cumplido:

No me hace falta mirarme en el espejo,
muestra sólo lo plano de la historia,
desde que mi edad engranó con la de la tierra
y compartimos nuestra decrepitud.

El *Legado de Sombras* de Rowena Hill, en definitiva, levanta hacia la inteligencia del lector posible, las huellas de sus pasos dentro de los espejismos que suscitan y las ácidas realidades que los extravían.

Juan Liscano.

Indice

B
Badami 32
Birmania 26
Buenos Aires 19

C
Celebraciones de Rowena Hill 66
Cubagua 18
Cuerpos de agua 37

D
Dédalo 14
Del prólogo a Legado de Sombras 70
Derrumbes y otros desastres 54
Desencuentro 36
Desmembramiento 5
Diario de viaje 20

E
El jardín de Elodia 50
El templo en la represa de Krishnarajasagar 31
Ensalmo 60
Extremofilos 53

H
Huesos del paraíso 17

I
Ida y Vuelta de Rowena Hill 68
Inspiración 51

L
Las celebraciones de Rowena Hill 64
Los Dioses de las orillas 46

M
Michel 52
Mientras el no ve 34

N
No es tarde para alabar 47
Nota biográfica 63

R
Resplandor 33
Rezando a Shiva 56
Rezando para que llueva 39

T
Toro ajeno 49

U
Últimos ritos 41
Una vieja está llena de veneno 58

Últimos ritos de Rowena Hill
se terminó de imprimir el 15 de Septiembre del año 2005
en los talleres gráficos de la Editorial Arquitrave en Bogotá D.C.
y fue encuadernado a mano por el maestro Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de Arquitrave Editores

Entre nuestros autores figuran

Affonso Romano de Sant´Anna
Harold Alvarado Tenorio
T.S Eliot
Carlos Jiménez
Ferreira Gullar
Paulina Vinderman
Charles Baudelaire
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Du Fu
Manuel Bandeira
Lawrence Ferlinghetti
Elkin Restrepo
Konstandinos Kavafis
Li Bai
Alberto Da Costa e Silva
Carlos Drummond de Andrade
Bob Dylan
Jack Kerouac
César Bisso